

oda la correspon-
dencia al Administrador
D. G. Osler, Espiritu San-
to, 48.—Madrid.

El Mundo Femenino

Se publica todos los
domingos.
Número atrasado 25
céntimos.

Suscripciones: Por 6 meses 3'50 pesetas. — Por un año 6. — A los corresponsales 2'50 la mano.

PASATIEMPOS MATINALES

HEMEROTECA MUNICIPAL
MADRID



!!Tocado!

DON PERFECTO



ON Perfecto es un modelo de esposos.

Así lo asegura doña Robustiana á todas sus amigas y conocidas.

Y si ella lo dice, hay que creerlo.

—Mi Perfecto, repite sin cesar, es digno de su nombre: no tiene más que á su mujercita, su casa y su oficina. Ni bebe, ni juega, ni galantea; por no tener vicios, ni fuma, ni se roe las uñas. Es un niño, en toda la extensión de la palabra, y se le maneja por las narices. Desde que nos casamos, no me ha dado ni un solo disgusto. ¡Ah! si todas las mujeres encontraran un Perfecto... el matrimonio sería un Paraíso. Es verdad que para mí lo es, y no me cambio por la mujer más dichosa.

D. Perfecto oye á su mujer con el rubor natural de quien escucha sus alabanzas, baja los ojos con modestia y, cuando más, se limita á decir:

—Esta exagera... Yo no carezco de defectos... pero su cariño, su inmenso cariño hacia mí, la hace creerme un angel...

Y el caso es, que á fuerza de trompetazos en la de la Fama, doña Robustiana ha llegado á hacer proverbial entre sus conocimientos la beatitud, digna de canonización de su marido.

D. Perfecto es empleado en consumos.

Yo no sé cómo se las arregla; pero lo cierto es, que lleva veinticinco años en el ramo, y en todas las situaciones cae de pie.

Aún ignora á qué sabe el negro pan de la cesantía. Su fama de honrado á carta cabal ha trascendido hasta la Administración.

D. Perfecto es irremplazable.

Un fiel, de verdad fiel.

Y en este mundo, lo que hay que conseguir, es cobrar fama de algo.

Y echarse á dormir.

Hay existencias semejantes á esos lagos formados por las nieves en el corazón de las montañas, siempre limpios, siempre transparentes, inmóviles, á cuya superficie helada no llega ni el pájaro á beber, ni la piedra á alterar la serenidad de su superficie.

Tal era la existencia de aquel matrimonio.

Por qué á doña Robustiana se la ocurrió dejar su viejo nido de amores y mudarse del tranquilo barrio de Argüelles?

Los pícaros ratones tuvieron la culpa.

En el piso bajo se había establecido un ciudadano, que abrió un almacén de quesos, y dos meses después, aquella casa, donde hasta entonces no había sido preciso el indispensable gato, que forma parte de toda familia madrileña, se había convertido en una bodega de buque de cabotaje.

Los ratones, atraídos por el olor del queso, desde los últimos confines del barrio, entraron como tropas sitiadoras, minando suelos y tabiques, y, desde el ba-

jo á las guardillas, todo lo invadieron, sin que bastasen á estirparlos gatos, comadrejas ó perros ratoneros.

La emigración fué general.

Cada vecino empezó á echar el ojo á un nuevo domicilio.

Como D. Perfecto estaba ocupado todo el día en su fielato, su señora se encargó de recorrer calles y plazas en busca de casa.

Desde luego desistió del barrio de Argüelles.

Creíalo todo él dominado por la ratonil canalla, y quería alejarse del foco de la invasión.

Echóse á buscar por los alrededores de la Plaza de Oriente, para no alejarse mucho de las amigas que dejaba en el barrio.

Al caer de una tarde de verano, estación en que ocurría esto, después de haber *pateado*, como decía ella, por todo el distrito de Palacio (lenguaje municipal usado por D. Perfecto), y cuando ya se retiraba molida sin haber encontrado casa que la conviniese, vió en la calle del Relój cédulas en los balcones de un cuarto tercero.

Entró en la portería y preguntó por el precio.

—En el principal darán á Vd. razón, contestó la portera desde dentro de su chirivital.

Subió doña Robustiana una escalera lóbrega y estrecha, y á tientas cogió una cadenilla que servía de tirador; sonó la campanilla, y salió á abrir una fregona sucia y ordinaria, que, al saber el objeto que á aquella señora llevaba á la casa, gritó con voz aguardentosa:

—Señora, á preguntar por el cuarto tercero.

—Que pase á la sala quien sea, dijo dentro una voz fresca y juvenil.

Pasó doña Robustiana á una salita amueblada con bastante gusto, y poco después se presentó una joven envuelta en una bata blanca, con muchos rizados y encajes, el pelo algo en desorden, y arrastrando unas chinelillas de raso azul bordadas de amarillo.

Era guapa la muchacha, que sólo parecía tener de diez y ocho á veinte años.

Hizo doña Robustiana las preguntas de ritual, y quedó complacida con las noticias que la daban.

Sala, gabinete, alcoba grande, cuarto oscuro, cuarto de la muchacha, comedor, cocina, despensa, retrete de bombilla y agua en la cocina.

Por todo esto, quince duros.

En Madrid no cuesta menos en ese barrio un tabuco semejante.

Era muy barato.

Doña Robustiana deseó ver el cuarto; pero como era enteramente igual al principal, se convino en ver éste.

—Empezaremos por el gabinete, ¿eh?

—Por donde Vd. quiera.

—Hay ahí unas amiguitas... mi esposo y tres amigos; pero á Vd. no le importará eso, ¿verdad, Vd.?

—¡Qué me ha de importar! Cada uno en su casa...

La joven abrió la puerta del gabinete, asomó la cabeza, y dijo á los que había dentro:

—No hay cuidado: es una señora que desea el cuarto tercero.

Oíase en el gabinete ruido como el dinero que se maneja.

Doña Robustiana entró sin fijar la atención en los concurrentes, ni éstos en ella.

—Es espacioso, dijo.

—¡Ah! pues el del tercero lo es más aún, por lo que estrechan los muros de crujía, contestó la joven, que hablaba en términos técnicos aprendidos de su arquitecto.

—La alcoba, ¿también es grande?

—Sí, señora; la tengo cerrada porque la cama está deshecha; pero éntre Vd.

La joven, seguida de doña Robustiana, abrió la puerta de cristales, cubierta con un portier y visillos encarnados.

¿Qué vió sobre la cama que la hizo abalanzarse á aquel objeto?

Una petaca... una petaca de terciopelo azul bordada en sedas, y con dos cifras enlazadas de hilillo de oro.

Aquella petaca la era bien conocida: ¡como obra de sus manos amorosas!

—Señora, ¿cómo está esta petaca aquí? exclamó pálida como una muerta.

—¿Esa petaca? Pues es de mi esposo.

—¡Miente Vd.! dijo en voz baja asiendo la muñeca de la joven; esa petaca la he bordado yo, y pertenece á mi marido.

En aquel momento, una voz bien conocida, dijo desde el gabinete.

—Paquilla, tráeme la petaca, que me he dejado en la cama después de la siesta.

Doña Robustiana, ardiendo en ira, salió de la alcoba, y reprimiendo su enojo, llegóse á un señor que, vuelto de espaldas y en mangas de camisa, tallaba en aquel momento cien duros, que acababa de colocar apilados delante de sí, y que apuraba una copa de aguardiente de Chinchón, del que contenía una botella ya mediada.

—Aquí tienes la petaca, perfectísimo Perfecto, dijo entregándola á su marido por encima del hombro:

D. Perfecto dió un salto como si le hubiera picado un alacrán y derribó la pequeña mesa, esparciéndose por el suelo naipes, dinero y aguardiente.

—¡Robustiana! exclamó, ¿tú aquí?

—Ya lo ves, perfecto marido... ¡Tú, el que ni galanteaba, ni jugaba, ni bebía, ni fumaba!...

—Pero mujer, yo...

—Señora, vamos; éstas son cosas de hombres, dijo uno de los amigos de Paquilla; hay que ser tolerante...

—¡Tolerante! Sí, si lo voy ser... tanto que desde hoy puede hacer lo que le dé la gana... Pero oye,

continuó; no me busques en casa, ¿sabes? Para tí he concluído en el mundo.

Y con pasos de reina destronada, y dirigiendo una mirada fulminante al aterrado esposo, abandonó el gabinete y, poco después, aquella casa de perdición.

Una hora más tarde tomaba el tren para Quero, donde tenía su familia.

E. DE LA CERDA.

¡ESCÁNDALOS DE PARÍS!

POR QUATRELLES

(Continuación.)

El comisario se adelanta, y dice:

—Oh, ya nos conocemos de sobra. Ya tuve el placer de detener al señor en otro tiempo. ¿Qué tal, Mr. Cloque, sigue Vd. bien desde la última vez que tuvimos el gusto de vernos y conocernos?

Mr. Cloque enfurecido, exclama:

—¡Que el diablo le lleve á Vd.!

El comisario, cogiéndole por un brazo:

—¡Pero antes me lo llevaré yo á Vd.!

Una escapatoria

Había electricidad en la atmósfera.

En un momento de mal humor, y á propósito de no sé qué tocado ó dorno (creo, sin embargo, que se trataba de un vestido descotado y de manga corta de muselina color de carne, con agremanes de terciopelo oreja de oso), el conde de Biez había llamado á la condesa ¡Cocotte!

Esta es una de esas palabras que tarde ó temprano se pagan muy caras.

La condesa no era uno de esos seres á quienes les agrada no pagar sus deudas; como la que tenía con su marido era grande, se decidió á pagársela inmediatamente.

Así es que, cuando el barón Claudius acudió á verla en la tarde de aquel día memorable, la condesa le dijo sin vacilación, sin remordimientos, sin turbación alguna lo siguiente:

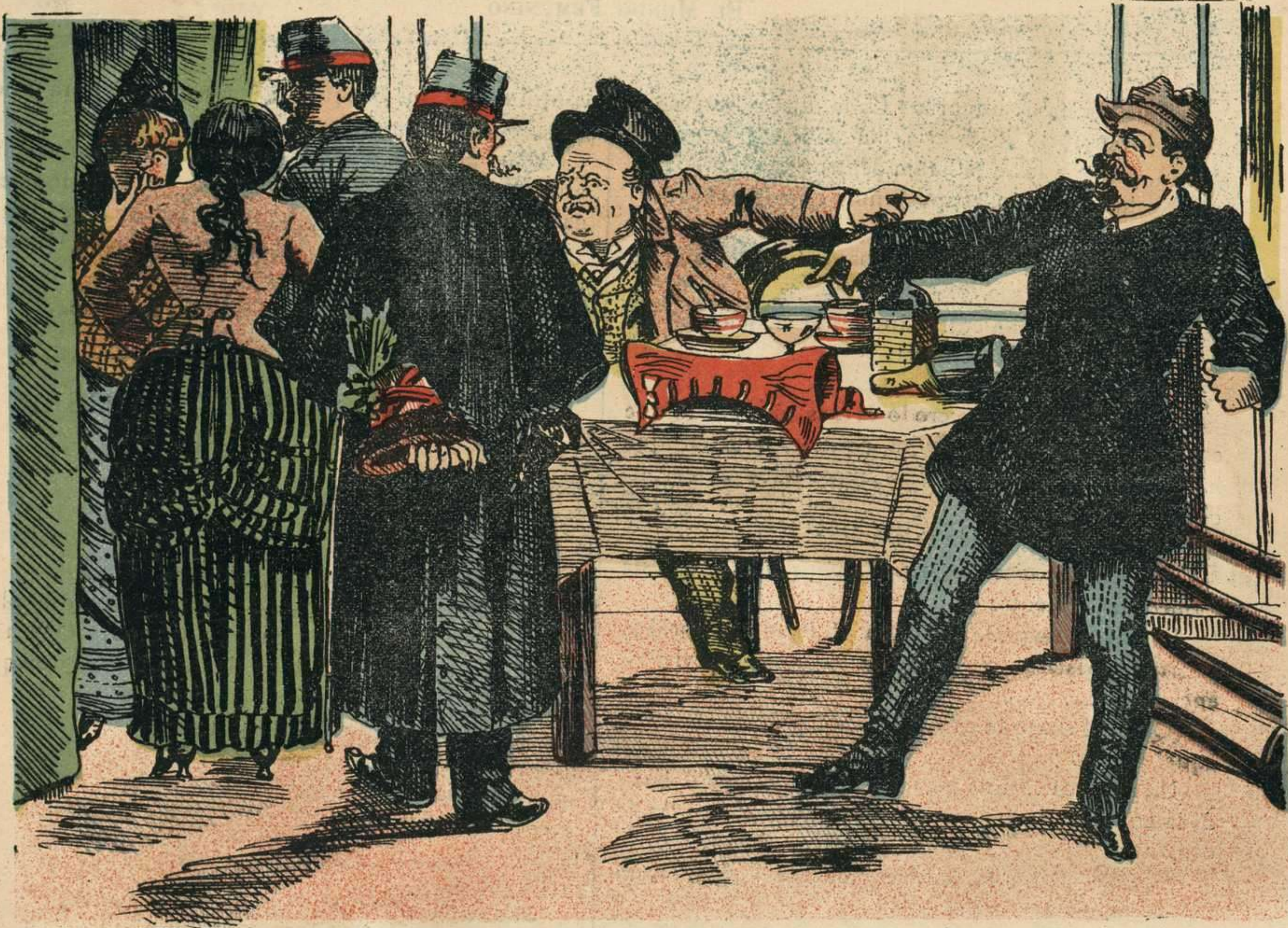
—¡Me aburro soberanamente, amigo mío! ¡Róbame!

¿Puede darse mayor frescura?

El barón, que hacía ya la friolera de tres años que en vano se mantenía al acecho de su amor, y que nada veía cambiado en su situación desde la víspera, exclamó:

—No sé si he oído bien. ¿Soy Claudius? ¿Es Vd. la condesa?

—Sí; Vd. es Claudius, que pretende amarme; yo soy la condesa que nunca ha escuchado á Vd. y que hoy quiere escucharle. ¡Si tiene Vd. algún talento en reserva, gástelo Vd.; si tiene Vd. algo de amor en su corazón, prodíguemelo Vd. con exceso! ¿Quién sabe lo que puede suceder!

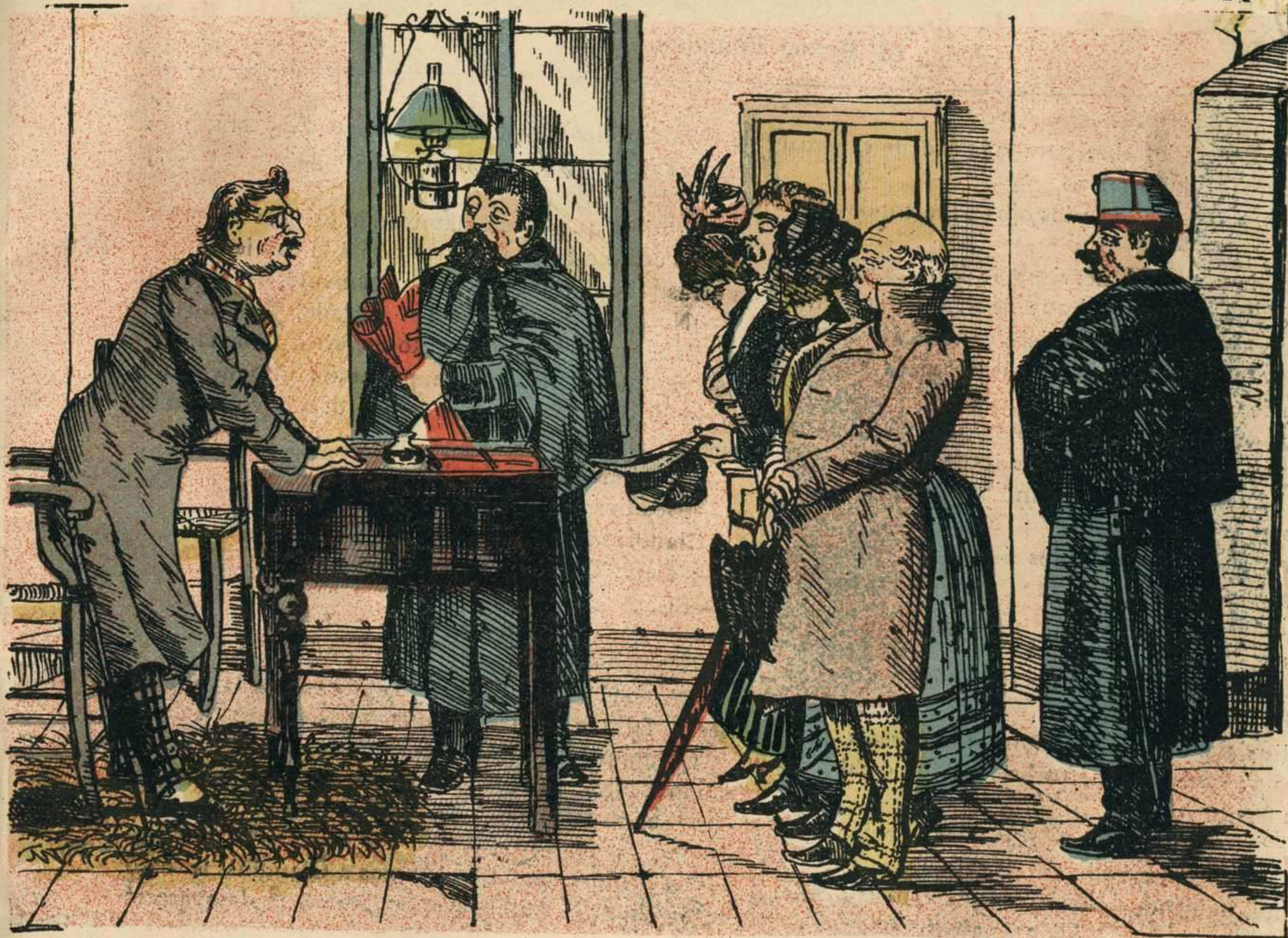


—¡Hé ahí el cuerpo del delito! grita el esposo señalando el corsé de su mujer.



—Vamos, señores, haya paz entre los esposos. Yo también he sido casado y sé lo que es eso...

MEMORIAL MUNICIPAL



Los cuatro reos de conato de adulterio en la prevención del distrito.



—Brindemos por la fidelidad conyugal. (Ellas quinándose). —Hasta cierto punto...

El barón no era hombre para lanzarse de cabeza en una aventura á largo plazo.

El fuego que brillaba en los ojos de la condesa le dió miedo.

—Vamos, hoy está Vd. nerviosa, le dijo. La habrán irritado á Vd. La tempestad que se anuncia la excita á Vd. en alto grado. Yo no quiero ganarla á Vd. con una sorpresa. La amo á Vd. demasiado para contentarme con eso.

—¡Vaya, esto pasa de castaño oscuro! ¿A qué va usted ahora á predicarme un sermón de moral?

Claudius, al oír esto, se inclinó y la besó en la nuca, á la raíz de los cabellos.

El barón conocía los buenos sitios.

La condesa dió un salto y se escapó de los brazos de Claudius, murmurando:

—No, no; ¡no puedo!

Y cayendo sobre un sillón, se ocultó el rostro con las manos. Lloraba.

Claudius no era un forzador aventurero; pero cuando la aventura venía á turbarle, no la dejaba escapar tan fácilmente.

Así es, que se arrodilló á los pies de la bella enervada, cuyo talle enlazó con sus brazos.

Después, habiendo colocado dulcemente su cabeza sobre el hombro que le abandonaban, exclamó:

—Llore Vd. hermosa mujer, llore Vd., ¡es tan dulce llorar en los brazos del sér amado!

Hubo entonces de una y otra parte un roce de cabellos, en el cual debió entrar el diablo para algo.

Las palabras de Claudius, pronunciadas casi junto al oído de la condesa, hicieron sobre su piel una amorosa señal, que la obligó á inclinar hacia atrás la cabeza y á medio abrir sus ojos.

—¡Váyase Vd., Claudius, váyase Vd., se lo ruego! ¡Estoy local!... ¡Váyase Vd.!

—¡En tanto que nuestros dos pensamientos solamente eran los ligados uno á otro, podía obedecer á usted. Hoy, que nuestros cuerpos se hallan enlazados, no me pida Vd. un imposible!

—¡Te lo ruego! ¡Si me amas, si quieres que te ame, no te quedes!

—No puedo obedecerte. Nada ya puede separarme de tí. Creo que en vano intentarían asesinarme en este momento. Mi alma no está ya dentro de mí; flota en tus cabellos, se agita sobre tus labios, se embriaga con tu aliento, se desliza sobre tu cuerpo, ¿cómo quieres que me vaya?

—Escúchame bien. Yo seré tuya, es posible; tengo perdida la cabeza. Pero de lo que estoy segura es de que después he de odiarte. ¡Y tú no puedes querer que te odie!

—No se atraviesan impunemente pruebas como éstas: Ó tú no serás mía y moriré, ó tú me odiarás y moriré, ó me amarás y viviré dichoso para hacerte dichosa.

La condesa intentó responder alguna frase honra-

da. Si no lo hizo, no hay que echárselo en cara, pues que sus virtuosas palabras fueron ahogadas, al nacer, por un beso.

—Pero hay que hacerle también la justicia de contar que no cedió más que un segundo á la corriente que la arrastraba, é irguiéndose bruscamente, dijo:

—¡No aquí! ¡Esta casa me es sagrada! ¡Vámonos...

Claudius tuvo un momento de terror todavía.

Preguntose si la condesa pretendía imponerle un sacrificio duradero, y si se habría dejado coger en el garlito.

—¿A dónde quiere Vd. ir? la preguntó.

—¡Dos horas le puedo conceder á Vd.!

Claudius respiró.

—¿Tiene Vd. abajo su coche?

—Sí.

—¿Tiene Vd. confianza en su cocher?

—Como en mi propio.

—Espéreme Vd., pues, en la esquina de la calle de Berry. Dentro de diez minutos estoy allí.

Claudius, cuya mejor cualidad no era la credulidad inocente, se atrevió á decir, no sin cierta timidez:

—¿Supongo que éste no será un medio para alejarme?

La condesa tendió sus brazos á Claudius, le besó en los ojos, la mejillas y los labios, y desapareció riendo.

Las mujeres son terribles cuando han pasado el Rubicón. Un cuarto de hora después, la condesa, cubierto el rostro con un velo, subía al coche de Claudius.

—¡A mi casa! gritó el barón á su cocher, que ni siquiera volvió la cabeza.

Al ruido que hizo la portezuela al cerrarse, el caballo partió al trote.

El coche del barón, era de lo mejor que se ha visto en su género. Los almohadones eran anchos, sólidamente colocados, blandos en demasía y más altos por delante que por el fondo.

No era, en fin, uno de esos coches que se hacen hoy en día; uno de esos atahudes de gala que nos han venido de Inglaterra, nó.

Los cristales eran dobles. Un gran cristal rayado que se izaba en las grandes ocasiones, oponía un impenetrable obstáculo á las miradas de los curiosos.

Y confesemos que esto tiene mejor aspecto que las cortinillas ó persianas que llaman siempre la atención y provocan la chanzoneta en mayor ó menor grado.

Entre los dos cristales de delante, habíase fijado un espejo, y debajo del asiento del cocher, un oculto armario encerraba los principales objetos de tocador; perfumes, dulces y dos ó tres botellas de Jerez.

El adorno del coche, era de satín marrón; los botones y pasamanerías de terciopelo negro. En los galones se hallaban bordadas las armas del barón; oro rojo y azul.

—¿Me conduces á tu casa? Me pierdes, pero no me

importa. Soy tu esclava, tu cosa, tu juguete; haz de mí lo que quieras.

Y la condesa subrayó estas frases, con varias líneas de besos.

—Nó, querida Genoveva, no quiero aceptar un sacrificio inútil. La casa á donde vamos, no es la que tú conoces. Nadie te verá en ella, porque nadie la habita, y mira aquí la llave. Tómala. Es tu casa á donde vamos.

—¡Ah! ¿Cuántas mujeres han poseído ya esta terrible llavecita?

—¿Qué te importa?

—¡Y aún dice si me importa!

—¿Para qué evocar estos recuerdos ya muertos? ¡Yo no he amado á nadie más que á tí, puesto que te amo!

¡Y pensar que esta frase hueca consiguió entusiasmar á la condesa!

Aquí nuestro relato se complica.

El resto de esta historia es horriblemente difícil de contar.

Pasó una cosa extraña.

(Continuará).

DE VUETA DE LONDRES

Hace días estábamos en Londres. Es inútil referir lo que hemos visto en Londres y sus alrededores.

Eso se sabe de memoria.

Yo tenía necesidad, lo confieso, de sentir algo que no fuese ese inmenso dolor en medio del cual se pierden todos los dolores, oír otro ruido que ese ruido de sollozos en que se exhala el alma de un pueblo. Una tarde, hallándome en casa de un amigo, cayó en mis manos un libro.

Texto inglés, asunto inglés, encuadernación inglesa, editor inglés, papel inglés: todo inglés menos el nombre del dibujante.

Título: *Londres*, por Gustavo Doré.

Este libro llamó mi atención. A mi vuelta á París, pregunté por todas partes si lo conocían. Se me dijo que habían oído hablar de él. Hé aquí todo. Por más de que esto es verdad, ese libro es el libro capital de Gustavo Doré, un libro revelador que da una idea completa de lo que es el Londres actual.

Yo no sé lo que vale el texto inglés que acompaña esas ilustraciones. ¿El autor habrá descendido con Doré á esos bajos fondos, á esos antros que sólo podría describir el autor de *El Infierno*, de Dante? Poco importa. No tenemos necesidad de leer, ni aun podemos hacerlo. La vista se siente atraída, fascinada por las escenas que Doré ha representado.

En Londres no hay más que una extremada miseria ó una extremada opulencia. Nada de término medio aparente al menos.

Todo el lujo, lo cómodo, lo bonito, lo gracioso,

acumulado á un lado. Todo lo horrible, lo asqueroso, lo negro, reunido, al otro. No hay más que ángeles y demonios.

Los ángeles nos los pinta Doré en todos los actos de su vida de ángeles ingleses. Hace pasar ante nuestra vista las cabalgatas rosadas y rubias de Hyde-Park, las jóvenes sobre sus poneys, y los grandes caballos de talla en armonía con la de los ginetes. Nos lleva al Boak-Race, la gran fiesta nacional de Londres, que atrae aún más gente que el Derby, donde todos se entusiasman, hasta las mujeres, vestidas de azul oscuro ó claro, según se inclinan por Oxford ó Cambridge. Allí hay gritos, ahullidos, actitudes, aglomeración de la multitud sobre la orilla del río, sobre los barcos, hasta sobre los puentes; todo un gentío que ahulla, que bebe, que se pega á causa de dos boques y veinticuatro remeros. Lo que busca entonces Doré, no es tanto el aspecto de esas multitudes que en todos sus dibujos andan, gritan y se empujan, como el tipo del inglés, desde el *lord*, tres veces marqués y cuatro *baronet*, hasta el vendedor de perros de los alrededores de Leicester square, ó el de papeles de Eaton-square, toda esa población de hombres-carteles y de hombres-anuncios, que pálidos y guiñaposos, con su gabán negro, cubiertos con un sombrero inverosímil, recorren las calles proclamando el triunfo de la cantatriz á la moda: Cristina Nilsson ó Adelina Patti.

O bien las muchachas, ya madres, que calzadas con enormes zapatos de hombres, vestidas como Dios quiere, con harapos descoloridos, permanecen recostadas contra una pared en cualquier pasaje, presentando á los transeuntes un estético ramo de flores sin perfume, que con la voz ronca por el uso del aguardiente y por el frío os persiguen con su monótona canción, y los espantosa de la tisis que conmueve dolorosamente su cuerpo enflaquecido, como el viento agita un trapo.

Doré nos pasea por esos teatros extraños, en que negros horribles, vestidos con frac y corbata blanca, nos cantan canciones obscenas acompañadas de una espantosa cacofonía. A los ingleses les gusta esto. Los Chrystis Minstrels hacen competencia allí á los Faure y á las Patti.

Lo que llama la atención desde luego en Londres, es ese roce continuo con una miseria sin ejemplo en nuestro país, las mujeres, agrupadas en los pasajes con un viejo sombrero, adornado de ajadas flores, una pipa en la boca, girones en el vestido que flotan como gallardetes sobre su cuerpo á cada golpe de viento, dejando entrever la piel temblorosa bajo la impresión del frío, y unas espaldas en que sobresalen los huesos; los chicos, persiguiendo sin cesar al transeunte con su canción monótona, casi desnudos, sin zapatos, sin camisa, á veces abandonados en medio de la calle durante una noche de invierno.

Después, el espantoso interior de las tabernas lóbregas, donde se juega, se bebe gin, ó se oye risas



LA DIFUNTA LOLILLA

horribles, risas de loco; luego la puerta de work-house y la multitud que se empuja pidiendo asilo; las rondas de *policemens* y el resplandor que arrojan sus linternas sobre las caras de los ladrones dormidos; todo ese horrible Londres, fabricado de ladrillos siempre húmedos, siempre igual, siempre tan feo, en donde el humo del carbón todo lo ensucia, donde las mujeres flacas tienen el calor gris, donde los niños se arrastran en el lodo negro y grasiento del carbón, donde todo es feísimo, hasta el cielo!

Este es el Londres que ha visto Doré, el Londres que habíamos visto nosotros. Es el Londres real, con multitudes silenciosas, con sus orgías de placer brutal; el Londres que belle whisky y gin y que no come; el Londres apenas cubierto de harapos negros, cuya espantosa desnudez medio vela la niebla fría y húmeda; el Londres, en fin, que, cuando por casualidad se des- á sus cavernas, cuando se penetra en sus tu-

grios, realiza á la vista, al espíritu, al olfato, á todos los sentidos, una especie de infierno viviente en que todos los sufrimientos y dolores acumulados dejan atrás cuanto la imaginación de los poetas pueda soñar; miseria sin límites, sin esperanza, sin fondo, donde nacen, vegetan y mueren en una promiscuidad asquerosa millones de seres semejantes á nosotros.

Tal es la obra de Doré. El había ya acompañado á Dante en su viaje imaginario por el infierno de las almas; el malogrado artista logró después bajar á ese infierno de los vivos.

Al contemplar sus dibujos, se duda que eso pueda existir.

¡Y, sin embargo, existe!

CLAUDIO.

Imprenta de G. Osler, Espíritu-Santo, 18.—Madrid.

